

### LA UNIDAD DE VIDA

Quien examina la andadura del hombre histórico, llegará, sin esfuerzo ni tardanza, a esta evidente conclusión: Entre el deseo de la persona y la realidad concreta existe una escisión profunda. En el corazón de la humanidad anida el anhelo a la felicidad, armonía y paz. La experiencia cotidiana habla, en cambio, de sufrimiento, conflicto, división y guerra.

Este desgarramiento entre el deseo y la realidad no afecta sólo a ciertas personalidades o culturas, atraviesa la existencia tanto de pueblos y culturas como las diversas relaciones de la persona, incluida su propia intimidad. Es una constante del hombre, de su mundo.

Místicos y filósofos, sabios y sencillos, han buscado explicaciones plausibles y caminos para superar ese cisma corrosivo, inscrito en el ser del hombre, en sus relaciones con el mundo, con su origen y destino. Las religiones, los sistemas filosóficos y las ciencias del hombre siguen buscando una respuesta satisfactoria a la situación dramática de la humanidad. Sus aportes, siempre útiles e interesantes, permanecen provisionales y problemáticos; ninguna solución aparece plenamente satisfactoria a los diferentes grupos humanos.

El genio griego pensó la existencia humana como un viaje de retorno a la patria de la que el hombre había sido alejado. A través de diferentes peripecias, el alma regresaba al hogar cálido donde reinaba, antes de su forzosa emigración, alegría, armonía y paz. El recuerdo de la patria, grabado en el corazón, avivaría su inteligencia y le proporcionaría fuerzas para encontrar el rumbo y sortear las amenazas de la travesía. Ulises es el prototipo del hombre del retorno. Sócrates inmortaliza al maestro del recuerdo. Admirables son su pedagogía y entereza de ánimo. En su coherencia y gratuidad, no dudará en darse la muerte como homenaje al hombre cabal, a las leyes y a los dioses. ¿Podemos identificar la unidad de vida con la coherencia socrática? ¿Hay que pensar la existencia como regreso al origen o como marcha hacia un futuro personal y libre?

Por su parte, el alma oriental, tal como se expresa en el budismo, confucianismo y taoísmo, exploró también la escisión entre deseo y realidad, para buscar caminos de armonía. Su respuesta: El individuo debe integrarse en el Uno o en el Todo, que puede ser divino, cósmico o social, a fin de alcanzar la senda de la armonía. El hombre es parte de la totalidad; sólo perdiéndose en ella dará cauce a su deseo de felicidad. Existe el individuo, no la persona, propiamente hablando. El camino de la ascesis lleva a la fusión o participación en el Uno, condición de la realización individual. Hay confianza en el hombre, pues se le considera capaz de lograr su integración en el Uno; pero, al mismo tiempo, se respira un radical pesimismo, pues el individuo no se realiza más que sumergiéndose en el Todo. ¿Puede existir comunión donde se sacrifica la libertad y la pervivencia del yo personal?

El hombre autónomo y desacralizado experimenta este mismo drama de la escisión, pero busca la solución en sus propias energías. La razón y la acción serán el resorte que le permita unificar su existencia, encontrar caminos de realización y felicidad. La persona, se argumentará con Feuerbach, no puede rebajarse para ensalzar a Dios; ella debe encontrarse e integrarse desde sí misma. La unidad no está fuera de uno mismo, explicará el Filósofo Krislmamurti a partir de su propia experiencia, sino en su yo más profundo. He aquí como la narra: "Había un hombre reparando la carretera: ese hombre era yo; el pico que tenía en las manos era yo; la piedra misma que estaba desmoronando formaba parte de mí; la tierna brizna de hierba era mi propio ser, y el árbol junto al hombre era yo". . El yo centra y unifica los elementos más dispares. El Uno y el Todo se han transmutado en un Yo abarcador y dominador.

Las teorías de la autoestima, tan presentes en la sociedad neoliberal, se mueven en esta perspectiva. La famosa "Comisión de California", formada para promover la estima de sí y la responsabilidad personal y social, define la autoestima en estos términos: "apreciar mi propio valor e importancia y tener el carácter (la audacia y el coraje) para poder contar sobre uno mismo y obrar de manera responsable en relación con los otros".

La unidad de vida no es una cuestión puntual o periférica a la persona, pues acompaña a la humanidad desde su origen. De la respuesta que dé a ella, el hombre avanza hacia su plenitud o se aleja. La unidad es una preocupación última de la persona y, por lo mismo, asunto de fe, si entendemos ésta

en la perspectiva de Paul Tillich: “ La fe, escribía, es el estado de experimentar una preocupación última: la dinámica de la fe es la dinámica de la preocupación última del hombre”. En efecto, tanto el genio griego, como el alma oriental o el pensamiento secular se posicionan ante la escisión entre deseo y realidad, a partir de una fe o preocupación última, que escapa a todo control experimental. Unos y otros tratan de hacer razonable e inteligible su punto de partida, que dicen haber intuido en una experiencia irreplicable, fundamental.

La fe de Israel abordó idéntica cuestión, pero su respuesta sigue un camino diferente. El hombre no regresará al polvo, aunque así pudiera deducirse de la apariencia biológica. El pueblo y cada miembro, tal como lo afirman los profetas, avanza hacia un horizonte escatológico, hacia la plenitud de vida. Y esta vida se encuentra en la Alianza que Dios sellará definitivamente con su pueblo y con cada uno de los fieles. Alianza que supone un encuentro de libertades, la comunión en la diferencia. El hombre ni es absorbido ni se diluye. Su destino no es la fusión o el retorno, sino la relación de alteridad con un Dios personal. Este no es un rival del hombre autónomo, sino el fundamento de su autonomía y libertad. Dios creó al hombre libre y lo mantiene en ella. El sujeto es responsable ante Dios, no ante sí mismo.

Estas intuiciones de la fe de Israel alcanzan su cumplimiento y novedad en la persona, misión y destino de Jesús, tal como es confesado por la fe apostólica, tal como debe reflejarse en la vida de sus discípulos. Para nosotros, pues, la cuestión de la unidad de vida ha de ser reflexionada a la luz del nuevo Adán, del Hombre perfecto. No cabe minusvalorar o menospreciar el aporte de las religiones, de las Filosofías, de las ciencias humanas, pero si de acogerlas desde el Resucitado de entre los muertos. Él es el Primogénito, cuya imagen estamos llamados a reproducir en el mundo.

En estas reflexiones trataré de poner en obra la manera de hacer del P. Chevrier. En un primer momento, contemplaremos la unidad de vida en Jesús, el Hijo enviado por el Padre en la condición de siervo. Luego interrogaremos la experiencia de Pablo, para extraer a continuación los caminos a seguir en la recepción y cultivo del don de la unidad de vida.

## I LA UNIDAD DE VIDA EN JESÚS DE NAZARET

Inmersos en la experiencia del Resucitado, los evangelistas dan testimonio de unos acontecimientos y de su significado. No escriben la biografía de un personaje del pasado, sino que narran la Buena Noticia del Viviente; no reflexionan como psicólogos o antropólogos. En el hombre histórico, Jesús de Nazaret, dan testimonio del Hijo único del Padre, del Primogénito de la humanidad, icono perfecto de Dios y arquetipo del hombre plenamente realizado.

El Viviente no es una “idea” que hubiera vuelto a su luminoso origen, sino un “cuerpo espiritual” inmerso en la gloria divina. Liberado de la caducidad y de la muerte, Jesús sigue siendo el Crucificado con sus rasgos distintivos de hombre único e irreplicable. La razón queda como cegada ante la luz radiante de la fe. La persona del Verbo encarnado es Filial; ni un yo autónomo ni una naturaleza ideal o abstracta. La unidad de vida de Jesús se enraíza y alcanza su plenitud en la relación con el Padre, tal como se nos da a conocer en el Espíritu de comunión. Conviene desentrañar el alcance y las consecuencias prácticas de esta afirmación de la fe.

### 1 LA CONCIENCIA FILIAL DE JESÚS

¿Cómo emerge en Jesús su conciencia Filial? Los evangelios no ofrecen una respuesta directa a esta cuestión, pues su preocupación es confesional y doxológica. Anuncian la novedad radical: El Dios de los padres tiene un Hijo único que ha venido en la carne para instaurar el Reino prometido, para realizar la nueva Alianza en su sangre. Esta afirmación ofrece elementos claves y definitivos para iluminar nuestra pregunta.

Los Sinópticos narran dos momentos significativos: El Bautismo de Jesús por Juan y su Transfiguración en presencia de tres discípulos. En ambas escenas, una voz venida del cielo o de la nube, lugares simbólicos desde los que Dios se manifiesta, afirma “este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3, 17); “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Escuchadle” (Mt 17, 5). La identidad y la misión de Jesús se revelan mediante el testimonio del Padre. El Santo de Dios avanza en medio de los pecadores, a fin de cumplir toda justicia: el Padre da testimonio del Hijo y lo presenta como el Revelador y el Salvador. En el Bautismo, los cielos se desgarran y el Espíritu desciende sobre Él: “no bien hubo salido del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba sobre Él” (Mc 1, 10); en la Transfiguración, aparece su gloria y la nube luminosa envuelve a todos. La conciencia Filial de Jesús y la confesión de la comunidad apostólica tienen el mismo origen, el testimonio del Padre y el don del Espíritu de santidad.

El evangelista Juan recalca la importancia de este testimonio del Padre. En sus disputas con los judíos, Jesús afirma: “El Padre, que me ha enviado, da testimonio de mí” (Jn 5, 37). En la cruz gloriosa y en

la resurrección resuena el testimonio del Padre, pues Éste se glorifica en el mundo glorificando al Hijo. Cómo alcanzó este testimonio la conciencia de Jesús es difícil de explicarlo. Sí puede afirmarse que en el centro de su conciencia - fuera ésta refleja o atemática, poco importa -, el testimonio del Padre resonaba como un murmullo ininterrumpido: “Hijo mío eres tú: yo te he engendrado hoy”. Este testimonio se abrió camino en los discípulos, cuando Dios puso su sello definitivo al resucitar a Jesús de entre los muertos (Hch 17, 26-41).

La unidad de vida y la Filiación son dos dimensiones de la identidad singular de Jesús. A sus padres, que le buscaban angustiados, les replica: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía estar en las cosas de mi Padre? (Lc 2, 49). Los vendedores de palomas del Templo escucharon con asombro. “Quitad esto de aquí. No hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado” (Jn 2, 16). Más tarde, ante la turbación de los discípulos, recalca: “Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al Padre, porque el Padre es más que yo” (Jn 14, 28). Su pensamiento, oración, palabra, acción y destino están unificados en el Tú del Padre. Su unidad de vida es alteridad, apertura radical, jamás repliegue sobre un yo autónomo e independiente. Del Padre viene y al Padre va. He ahí la fuente de su identidad, misión y libertad.

Entre el Padre y el Hijo hay comunión, no fusión. El Espíritu garantiza la unión y la alteridad. “El Padre y yo, dirá Jesús, somos una sola cosa” (Jn 10, 30). Ante el rechazo de los judíos, replicaba: “Cuando hayáis levantado al hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy, y que no hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo. Y el que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a Él” (Jn 8, 28-29). He aquí una bella conjugación de unidad, alteridad, libertad y obediencia. Más todavía, en el Hijo se deja ver el Padre invisible, pues en Él permanece y obra. “El que me ha visto a mí, decía Jesús a Felipe, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo, no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras. Creedme.. Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos, creedlo por las obras” (Jn 14, 8-11).

Estas palabras: “Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí”, constituyen el resorte último de la conciencia de Jesús, son el centro de donde todo parte y hacia el que converge su persona y misión. El hacer Filial brota de la contemplación y de la comunión. “En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace Él, eso lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que Él hace” (Jn 5, 19-20). El Espíritu de comunión, que descendió y permaneció en Jesús, es el que garantiza esta armonía y unidad de la carne nueva.

La libertad de Jesús se enraíza en el Padre. De Él recibe el poder de despojarse de su vida y de recobrarla de nuevo, sin que nadie se la pueda quitar (Cf. 10, 17-18; Jn 14, 30-31). Esta libertad se expresa maravillosamente en el lavatorio, de los pies, tan desconcertante para Pedro. Nadie se lo ha sugerido o pedido, menos forzado. Él se despojó de su manto y se ciñó la toalla del servicio, como el último entre los esclavos. Cumplida la acción, vuelve a vestirse el manto. El Hijo avanza siempre desde el amor del Padre que lo envía y lo entrega al mundo (Cf. Jn 3, 16; Rom 8, 32). Jesús se sentía amado: “El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su mano” (Jn 3, 35-36). Este amor del Padre es el fundamento de su unidad de vida. El hijo vive del Padre, en Él y para Él.

Antes de abordar cómo Jesús ha cultivado y desarrollado su conciencia Filial, fuente de unidad e identidad, hagamos un alto en el camino, para acoger una explicación suya a los discípulos, llamados a vivir en la fe idéntica unidad de vida. En el momento de pasar de este mundo al Padre, les decía: “yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito... No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero vosotros sí me veréis, porque yo vivo y también vosotros viviréis. Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros” (Jn 14, 16.18-20). La unidad de vida de los discípulos acontece en la comunión con el Maestro. Es un don. El Hijo ha venido para asociarlos a su Filiación, para hacerlos uno con Él, sin por ello eliminar su libertad y autonomía. La unión incluye la diferencia. El Paráclito garantizará la unión y la alteridad. En los discípulos, el Maestro hablará y actuará. La vid produce sus frutos a través de los sarmientos. Vid y sarmientos son inseparables, pero no idénticos. La unidad es la condición de la fecundidad.

## 2 EL COMBATE DE LA UNIDAD DE VIDA

En la conciencia del Hijo, hay sintonía perfecta entre su voluntad y la del Padre. Pero esta sintonía adquiere un sesgo dramático, pues el Hijo fue enviado en una carne semejante a la del pecado (Rom 8, 3). La carne tiende a la escisión, a la autonomía de la hybris, a la independencia. Las fuerzas disgregadoras harán su aparición en el éxodo del Hijo. Satán viene a sembrar la división. Pretendió, sin conseguirlo, provocar la escisión entre el Hijo y el Padre, entre su identidad y misión, entre su

ser y hacer, entre su origen y destino. Además del Tentador, los poderes religiosos y políticos de este mundo, la cultura religiosa ambiental, la familia, los pobres, sus propios discípulos, contribuían, aun sin quererlo, a desgarrar la unidad de su conciencia Filial. El combate más profundo de Jesús, sin embargo, tuvo lugar en la hondura de su ser, pues en ella se daban cita las fuerzas que aúnan y dividen. La unidad de vida no fue más fácil para El que para nosotros, pues recapituló en sí la pelea del viejo Adán y de su pueblo, el conflicto abierto entre la carne y el Espíritu. Él no rehuyó la lucha; la encaró con energía en su peregrinación histórica.

## 2.1 AVANZAR DESDE EL PROYECTO DEL PADRE

La unidad de vida del Enviado del Padre es paradójica, pues no viene a desarrollar “su proyecto”, sino a ponerse al servicio del “designio” de quien lo enviaba. La alteridad configura el ser y el hacer del Enviado. Pero, ¿dónde queda, se preguntan los diferentes humanismos, el Yo de la persona libre? ¿Puede existir un auténtico hombre sin tener su propio proyecto vital? ¿No es la dependencia el signo de una persona o de un pueblo decadentes? Jesús avanzó como Siervo en la dependencia absoluta del Padre.

El Nazareno luchó para conocer, discernir y recibir activamente el designio del Padre, así como su hora y caminos para llevarlo a cabo. El Enviado no combatió para establecer su proyecto, sus tiempos y formas de realización, con lo cual estaría afirmando su Yo en el mundo; su combate tenía otro objetivo: llevar a cabo “el proyecto del Padre”. Lo hará en la oscuridad y a través del compromiso total de su persona, sin pretender conocer todo de antemano. “Mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre” (Mc 13, 32). Cuando le fue desvelada la hora fijada por el Padre, se entregó a ella sin reserva (Jn 12, 23-36; 13, 1-5).

La fe apostólica percibió bien la paradoja: El Hijo “sin proyecto”, tan sólo disponible a la voluntad del Padre, se convierte en “el proyecto mismo de Dios” para la humanidad. Cristo en efecto, afirma el Apóstol, es la dispensación “del Misterio escondido desde los siglos en Dios” (Ef 3,1-21). Jesús es la expresión acabada del Plan eterno del Padre, el camino de acceso a Dios; en El serán recapitulados cielos y tierra (Ef 1,3-14).

La unidad de vida, en última instancia, se presenta como un combate permanente para progresar en la voluntad del Padre, fuente de vida y alimento para la misión. La libertad Filial de Jesús se consolida en la medida que afirma al Padre como origen y meta de su ser y hacer de Enviado. Porque se identificó con la voluntad del Padre, buscada en la luz del día y en la oscuridad de la noche, se convirtió en el proyecto y en el camino tanto de la Iglesia como del mundo. El Concilio recordaba esta verdad luminosa, cuando evocando la dispersión característica de nuestro mundo y la multiplicidad de tareas de los presbíteros, recalca que la unidad de vida no se encuentra ni en la organización ni en las prácticas religiosas, sino en la comunión con Cristo. Vale la pena releer de nuevo este buen texto: “En cuanto a los presbíteros, envueltos y distraídos en las muchísimas obligaciones de su ministerio, no sin ansiedad buscan cómo pueden reducir a unidad su vida interior en el tráfago de la acción externa. Esa unidad de vida no puede lograrla ni la mera ordenación exterior de las obras del ministerio, ni, por mucho que contribuya a fomentarla, la sola práctica de los ejercicios de piedad. Pueden, sin embargo, construirla los presbíteros si en el cumplimiento de su ministerio siguieren el ejemplo de Cristo, cuya comida era hacer la voluntad de Aquel que lo envió para que llevara a cabo su obra”. Y a continuación, una vez establecida la relación entre unidad de vida y seguimiento de Cristo, concluyen los padres conciliares: “A decir verdad, para cumplir incesantemente esa misma voluntad del Padre en medio del mundo por medio de la Iglesia, Cristo obra por sus ministros y, por tanto, Él permanece siempre principio y fuente de la unidad de vida de ellos. De donde se sigue que los presbíteros conseguirán la unidad de vida uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre, y en el don de sí mismo por el rebaño que les ha sido confiado” (PO 14). La unidad de vida de los ministros del Evangelio debe ser transparencia de la del Hijo. Y puesto que su unidad consiste en ser transparencia del Padre, el discípulo luchará para ser transparencia nítida de la persona y misión del Siervo. Ahí radica el camino de la fecundidad apostólica. El grano de trigo muere para resucitar en la espiga.

## 2.2 LOS FRENTES DE UN COMBATE

La totalidad de la persona de Jesús está implicada en el combate para “cumplir toda justicia” (Mt 3,15). El Hijo ha venido a cargar con las dolencias y los pecados de la humanidad (Mt 8, 7; Is 53,5; Jn 1,29). La unidad de vida no es repliegue intimista, sino apertura y solidaridad radical con los hermanos de camino, comunión con la misión del Siervo.

Esta exige “silencio” para escuchar la voz de Aquel que habla en el silencio. A través del grito del pobre, de los acontecimientos y aun de las injusticias protagonizadas por unos y otros, el Hijo discierne

y acoge comprometidamente la voluntad del Padre. En el silencio del desierto o de la montaña, del camino o de la pasión, Jesús acogía la palabra que fijaba la hora y trazaba el camino a seguir. No hay escucha sin un profundo silencio de la inteligencia, de la fantasía, del corazón y de las pasiones que se revelan en nosotros. ¡Qué importante para el pastor salir al campo de batalla y sumarse al cuerpo a cuerpo que el Hijo mantiene con el padre de la mentira y de la división! Sus disfraces son múltiples, pues sabe adaptarse a los usos y costumbres de la historia, culturas y personas. ¿No convendría discernir con que disfraces se acerca hoy hasta nosotros el creador de la escisión? En ocasiones lo hace de oveja piadosa y humilde; en otras, de cordero ético en lucha por la libertad y el progreso... etc. El discernimiento de la voluntad de Dios sólo puede hacerse en una imitación leal y eclesial con el Verbo encarnado, bajo la conducta del Espíritu de la Verdad.

El Hijo caminaba con los ojos fijos en el Padre. Puesto que lo experimentaba y contemplaba como el Amor, como la fuente de la vida, como el que resucita y reúne a los hijos perdidos, su programa de acción estaba ya trazado. El ágape del Padre, le llevará a amar a los suyos hasta el extremo. La vida entregada será fuente de libertad y de vida nueva para la muchedumbre. Saldrá tras los descarriados para conducirlos al Padre, pues trata de reunir a todos los hermanos para que comience la fiesta. La iniciativa amorosa del Padre unifica la vida y acción del Hijo. Es camino de perfección y fecundidad, como lo recuerda la carta a los Hebreos.

El riesgo del combate es grande, pues se halla implicada toda la existencia del Enviado. El Hijo ha de hacer el aprendizaje de la obediencia y de la humillación hasta la muerte en cruz. Experimentará la escisión en su intimidad más profunda, para que la humanidad alcance definitivamente la deseada unidad. Esta es la paradoja: Muere para renacer en la gloria y vivir para Dios. En esta plenitud de vida y de unidad, introduce al creyente la gracia bautismal (Rom 6, 4-15), que el presbítero está urgido a desarrollar plenamente en su vida de pastor y, en nuestro caso, a través de la gracia del Prado.

He aquí algunas conclusiones de esta primera parte:

El hombre unificado es aquel que tiene el coraje de renunciar a su yo, a fin de que el Padre dirija su existencia a través de las mediaciones eclesiales y mundanas, en particular de los pobres.

Los esquemas culturales, los esquemas mesiánicos, las aspiraciones de los pobres... etc. Han de pasar por el Filtro del designio de Dios, tal como se ha revelado en Jesucristo.

La unidad de vida se realiza en la cadencia del Espíritu y alcanza su cima en la Pascua del Pastor. "En tus manos encomiendo mi espíritu". La unidad de vida es comunión en el Espíritu.

Esta unidad es don y combate. "Abba, Padre, todas las cosas te son posibles: aparta de mí este cáliz; mas no lo que yo quiero, sino lo que Tú" (Mc 14,36). Exige interioridad, despojo, comunión, discernimiento y obediencia.

El centro vital, fuente de la existencia, de la identidad y del hacer, se encuentra dentro de uno mismo, más profundo que su propio yo.

Sólo la experiencia del amor gracioso de Dios Padre, Hijo y Espíritu puede unificar la vida del discípulo y apóstol al servicio del Evangelio entre los pobres de la tierra.

## II RESISTENCIAS PARA VIVIR LA UNIDAD DE VIDA

Aun cuando el discípulo esté sostenido por el Espíritu de comunión, en la historia experimenta no pocas resistencias para encaminarse a esa unidad de vida que se teje en el diálogo y la obediencia. Después de haber contemplado a Jesús, y siguiendo la manera de hacer del P. Chevrier, volvemos ahora nuestra mirada a Pablo. Le preguntamos qué resistencias ha encontrado en su camino de discípulo y apóstol del Resucitado y cómo las ha combatido. A la luz de su experiencia, iremos desgranando nuestras resistencias y los medios para superarlas. Esta manera de hacer del P. Chevrier es muy importante. No empieza por mirarse a sí mismo, sino por fijar sus ojos en el Maestro y en el paradigma del discípulo y apóstol. Luego, en esa luz radiante y esperanzadora, puede abordar su propia existencia, sin complejos de culpabilidad y con la fe de que nada hay imposible para Dios.

### 1 RESISTENCIAS EN EL DISCÍPULO Y APÓSTOL

Teniendo en cuenta los diferentes extractos de la persona, las resistencias pueden aparecer a nivel personal, cultural, familiar y religioso. El creyente no conseguirá eliminarlas completamente, pues no siempre dependen de su voluntad. La unidad de vida enseña a asumirlas con lucidez, con paz, sin complejos. Sólo así estará en condiciones favorables para cultivar el don de Dios.

#### 1.1 RESISTENCIAS DE LA CARNE

Pablo experimentó la gracia como liberación del poder del pecado, de la ley y de la muerte. Sin embargo, hasta el final de su vida constató en él la escisión entre "el hombre interior" y "otra ley", la

del hombre viejo. “Descubro pues, esta ley (esta experiencia): en queriendo hacer el bien, es el mal que se me presenta. Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros” (Rom 7,21-23). La discordia y el cisma se hallan instalados en la entraña de la carne, de la persona (Cf. 2 Cor 4,16; Col 3,9-11; Ef 3, 16). La unidad de vida no puede imaginarse como ausencia de conflicto, pues en el hombre histórico conviven, aun después de la salvación, fuerzas opuestas. El discípulo unificado vive el drama de la existencia desde la victoria de la fe, desde el Espíritu que ha sido derramado sobre toda carne, gracias a la Pascua del Verbo encarnado.

Ante la experiencia de debilidad y de flaqueza, Pablo pide a Dios por tres veces que se apartase de él la contradicción. Quería ser fuerte e intachable para llevar a cabo dignamente la misión confiada. El Señor le responde: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza” (2 Cor 12,9). El creyente adulto, y estamos de nuevo en la paradoja, ha de caminar como niño destetado entre los brazos del Padre (Sal 131), como apóstol en quien el Espíritu glorifica y da testimonio del Hijo muerto y resucitado. La unidad de vida no se reduce a una cierta coherencia ética ni a la mera estructuración de las energías vitales en función de un objetivo. La unidad de vida del apóstol es de orden sacramental, pues es signo e instrumento de la presencia del Otro. La unidad del héroe o del apasionado por una idea, y que puede rayar en la megalomanía o en la neurosis, sigue otra lógica.

La experiencia de Pablo es nuestra experiencia. “La carne” pretende avanzar desde sí misma. El ingenuo hombre de Rousseau se piensa al margen del poder del pecado; se refugia en la naturaleza para ignorar las contradicciones internas o instalarse en la cómoda actitud de la permisividad “del me gusta o no me gusta”. El altivo hombre de Kant establece su divisa en estos términos: “Debo, luego puedo”. Marx es el optimismo en la acción transformadora del hombre y de la clase. El superhombre de Nietzsche no engendrará más que el nihilismo. El optimismo ilustrado creía en la autonomía y poder del hombre; pero como constata el postmodernismo, la esquizofrenia se instaló en la persona y en la sociedad dual. El hombre moderno no acaba de asumir sus contradicciones, pues no acepta ni su flaqueza ni su pecado. La carne orgullosa olvida que en la alteridad se encuentra el consuelo y la fortaleza para acoger los retos históricos. Replegada sobre sí misma, se incapacita para el éxodo de la libertad y del amor. La unidad según la carne es esclavitud y oscurantismo, pues suele degenerar en menosprecio y exclusión del otro. La unidad de vida de la fe, lucha para vivir y actuar desde la palabra del único Maestro.

## 1.2 RESISTENCIAS CULTURALES

La cultura es nuestra segunda naturaleza. Nadie vive y crece fuera de ella. Desde el inicio de su vida, el hombre, como lo recuerdan las teorías sociales del conocimiento, ha sido “socializado”. El discípulo y el apóstol experimentará las resistencias culturales en propia carne así como a partir de cuantos le rodean, incluida la familia.

Pablo sabía, por experiencia propia y ajena, cómo el sujeto construye proyectos desde la “ignorancia”. La razón autónoma es muy ignorante; el hombre ilustrado, también. La cultura de la razón o de la ley, en que se encontraba sumergido el apóstol, ofrecía grandes resistencias a la unidad de vida de la fe. Griegos y judíos entendían la unidad como un proyecto de conquista de Dios y del hombre. Quien avanza con sus solas fuerzas, tiende a hacerse proselitista e imperialista. Al apoyarse en ellas, exige seguridades y reclama adhesiones, sin respetar la libertad y la búsqueda libre del otro. La unidad se confunde con la uniformidad. El fanático no es un hombre unificado, sino uniformado y absorbente, pues pretende colonizar a los otros. Es ignorante y su aparente unidad no pasa de ser cerrazón, miedo disfrazado ante la alteridad del Otro, que le sale al encuentro a través de una diversidad de dones, personas o culturas. La gracia de Damasco, capturó de tal modo a Pablo que le llevó a instaurar una nueva relación con la cultura. La valora y la relativiza a la luz del Crucificado (Rom 9,14). Todo su pasado cultural lo pondrá al servicio de la salvación de griegos y judíos. La unidad de vida es pascual, pues supone el paso de un celo y coherencia convulsivos a una existencia vivida desde el Otro, al servicio de los otros.

La cultura del mercado con sus ídolos de competitividad y de crecimiento indefinido, la cultura plural y secular con su pretensión libertaria, donde cada uno puede establecer su propio sistema de valores, la cultura científica en la que todo es posible, la cultura del fuerte y de la imagen tan presente en los medios de comunicación.... promueven una ignorancia ilustrada en la conciencia preconceptual de muchas personas. El cultivo de la unidad de vida requiere lucidez y discernimiento crítico. Hoy, como ayer y mañana, los parámetros de la fe en el Hijo encarnado y crucificado seguirán chocando con las diferentes propuestas culturales. Quien cierra los ojos ante esta verdad, se hace ignorante y se incapacita para la unidad de vida dialogal. Sólo la experiencia del Resucitado cambia el rumbo de los proyectos colonizadores y excluyentes del joven celoso y fanático, que era Pablo. Y sólo quien esté unificado en Jesús podrá vivir con autenticidad el diálogo de la salvación con la sociedad, las culturas

y las religiones.

### 1.3 RESISTENCIAS RELIGIOSAS

El hombre, consciente o inconscientemente, se experimenta como religado a un futuro absoluto. Las religiones intentan sistematizar y cultivar esta dimensión profunda del corazón. Todas ellas buscan servir ese corazón inquieto, tenso hacia el futuro. Pero tienden a encerrarlo en un sistema de prácticas, como si éstas fueran la mediación mágica para acceder a Dios. En los sistemas religiosos, la unidad de vida se piensa, con frecuencia, como fidelidad a unas prácticas. ¿Dónde queda la gracia, la libertad de Dios y del hombre, la relación personal entre uno y otro?

Pablo reaccionó de manera decidida a las resistencias provenientes de la religión, pues tenía presente su experiencia de fariseo. La salvación es gracia; la reconciliación, obra de la iniciativa de Dios, no mérito del hombre. El movimiento religioso, que va del hombre a Dios, frena, en ocasiones, el genuino dinamismo de la fe y de la gracia. Éste se origina en Dios, pero se enraíza y germina en el hombre por la acción del Espíritu; su cima es la comunión con el Hijo enviado en la carne. En la humilde acogida de la gracia se encuentra la base de la correcta unidad de vida del creyente. Cuando el hombre pretende fundarse sobre sí mismo, cae en el voluntarismo. El hombre es un ser desfondado y su fundamento último, el único capaz de unificar su existencia, le ha sido dado. “Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como buen arquitecto, puse el cimiento, y otro construye encima. ¡Mire cada cual como construye! Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto” (I Cor 3,10-11). La fe y la antropología cultural coinciden: el fundamento de la unidad del hombre no se encuentra en sí.

Desde esta perspectiva, se comprende la reacción de Pablo ante las prácticas de la falsa ascesis y humildad, ante las engañosas cuestiones de los alimentos, ante las divisiones, ante la confianza puesta en la ley, en la circuncisión o en el Templo. Dos frases suyas muestran con qué vigor y nitidez reaccionó el Apóstol ante ciertas corrientes religiosas. : “El amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5,14-15). Afronta las divisiones provocadas por la forma de situarse ante lo sacrificado a los ídolos, remacha: “Para nosotros no hay mas que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros” (1 Cor 8,6). Estas afirmaciones subrayan bien el resorte, el centro y el norte de una vida apostólica tras las huellas de Pablo. La vida unificada de la fe y las prácticas religiosas no siempre se armonizan de manera correcta.

En el pasado, la formación sacerdotal estuvo excesivamente fijada en prácticas de tipo moral y cultural. Los medios adquirieron la relevancia de fines. En el extremo opuesto se situó la reacción ilusoria de que bastan las convicciones; las concreciones forman parte de lo real. La unidad de vida integra la doble dimensión, pues el don total a Dios y a los hermanos pasa por lo concreto. El amor se despliega en la acción, en una práctica correcta. La unidad de vida es simplificación, libertad, acción, salida de sí para un encuentro solidario y comprometido con los demás. El amor es acción, pero no se ata a ninguna práctica.

La unidad de vida del pastor no se halla en la agenda, en la organización o en los programas de pastoral aun cuando sean necesarios y útiles; se encuentra en sus entrañas compasivas, en un corazón modelado y configurado por el ágape de Dios. Quien entra por este camino, será un hombre de acción, capaz de renunciar al descanso y al alimento, si así lo requiere el interés de la multitud; pero capaz también de retirarse a la soledad de la montaña, tras haber alimentado a la muchedumbre y embarcado a sus discípulos hacia la otra orilla. La necesidad de intimidad con el Señor y la pasión por la acción, bien diferente del activismo, son la expresión de una vida unificada por el amor que el Espíritu alienta en el corazón del discípulo y del apóstol según el Evangelio.

### 1.4 RESISTENCIAS A PARTIR DE LA COMUNIDAD CREYENTE

La comunidad de los creyentes suele ser una ayuda preciosa y necesaria para desarrollar la unidad de vida; puede también generar resistencias y trabas. Pablo las experimentó. ¿Sería extraño que las encontrase hoy el ministro del evangelio en su misión?

Pedro y Bernabé, sin duda con buena intención, pusieron en peligro la libertad que daba a los gálatas el Evangelio de la gracia (Gal 2,11-14). El Apóstol se sintió expiado en su libertad profunda para anunciar el mensaje de Jesucristo muerto y resucitado, única fuente de salvación. Estando en la cárcel, ve cómo algunos anuncian a Cristo en abierta rivalidad. Otros hermanos criticaban “su evangelio” y “su modo de proceder” con los gentiles. Pablo no se queda impasible. Se lanza con ahínco en pos de la verdad. Unificado en Cristo, no tiene miedo de verificar lo bien fundado de su apostolado, de la verdad de su evangelio y de su acción. La unidad de vida en él es libertad para proponer, pasión

por la verdad del Evangelio, preocupación por la armonía y libertad de sus comunidades, llamadas a crecer hasta la plenitud de la Cabeza.

Demos un paso más. La unidad de vida del apóstol y de la comunidad coinciden. Cristo es el resorte, el centro y la meta de uno y otra. La acción por edificar el Pueblo de Dios expresa y cultiva la unidad del ministro, lejos de dispersarlo. La oración religa al pastor a su centro vital y le consagra al servicio de la comunidad. La intercesión es acción a favor de todos. La oración y la acción fluyen con idéntica cadencia, pues ambas vienen del Señor y hacia Él tienden. La actividad incesante, la preocupación permanente por las Iglesias, la vigilancia de día y de noche, arrancan en el Apóstol de un resorte último, la experiencia de haber sido alcanzado y capturado por el Resucitado. Pablo, en última instancia, encuentra su unidad en el conocimiento del proyecto de Dios sobre él. “Mas, cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles, al punto, sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre...” (Gal 1,15-16). El perseguidor de la Iglesia es ahora un hombre unificado desde el proyecto de Dios, proyecto que le era totalmente desconocido y que nunca hubiera podido establecer por sí mismo.

Hoy podemos experimentar también cómo la libertad apostólica es expiada, cómo se confía excesivamente en las normas y programas, cómo se perpetúan instituciones caducas que pueden resultar un obstáculo para el equilibrio personal, para la acción y el testimonio significativo del Evangelio entre los no creyente. Ciertamente, es necesario ser lúcidos y tomar iniciativas adoptadas ante las nuevas situaciones; no perdamos, sin embargo, de vista dónde se sitúa la cuestión de manera radical en la vida del presbítero. Sólo quien se haya dejado fascinar por el Viviente, arriesgará todo para llevar adelante su obra a favor de los muchedumbres. La unidad de vida es la del hombre comido. La acción y la oración se inscriben en esa cadencia silenciosa o sonora del amor.

Hay psicologías dispersas, incapaces de ordenar su acción o su habitación, su oración o sus ideas, pero con capacidad para dejarse agarrar por Cristo. Necesitarán apoyos venidos de proyectos o programas, del equipo o del director espiritual, de la teología o de la psicología, pero la unidad de vida de la fe se mueve en aguas más profundas. Psicologías perfectamente organizadas y jerarquizadas pueden ser el polo opuesto de la unidad de vida, pues corren el riesgo de no dar cabida al diálogo de la alteridad ni a la libertad del Espíritu ni a las necesidades imprevistas de la persona. El origen de la unidad no se encuentra en la organización, sino en el amor pobre y humilde, en la comunión con el Maestro que se arrodilla para lavar los pies a los suyos.

## 2 CAMINOS PARA LOGRAR LA UNIDAD DE VIDA

Algunas precisiones para mejor orientar nuestra búsqueda.

“Dominio de sí” y unidad de vida no son lo mismo. Aquel es una manera de poseerse a sí mismo en toda circunstancia. Implica frialdad, apatía e indiferencia; para desarrollar el dominio de sí, ni siquiera es necesario el amor. La unidad de vida dialogal es caminar desde un Tú que ha tocado la libertad personal y la ha liberado para el amor. La vocación del hombre es la libertad del amor.

“Proyecto de vida” y unidad de vida, aunque puedan estar relacionados entre sí, siguen lógicas muy diferentes. Como ser abierto hacia el futuro, el hombre tiene la capacidad de anticiparlo de alguna forma, de poner los medios para encaminarse hacia él. La persona, a diferencia del animal, tiene poder de imaginar, de proyectar, de aprender y de progresar. El hombre es y deviene. Puesto que no es un animal acabado, el hombre es proyecto. “El proyecto de vida”, que no puede reducirse a un programa de vida, es la “preocupación” del sujeto que pregunta por sus condiciones de vida, sobre cómo puede determinar su futuro, mejorar el espacio vital o mundo donde vive y establecer los medios oportunos para lograrlo. En este sentido no hay hombre sin proyecto vital, incluso si carece de capacidad para explicitarlo de manera refleja y conceptual. El Yo establece su futuro, aunque lo haga de forma realista y modesta, y se lanza a su conquista con sus propias fuerzas. La acción está determinada y delimitada por el proyecto. Las actividades serán la concreción de la acción. Así, el proyecto vital determina la acción y ésta las actividades. La programación es la racionalización de esta dinámica. La organización se presenta como un medio para que todas las energías de la persona y del grupo humano coadyuven a lograr el objetivo deseado. Los hombres religiosos suelen añadir a estos ingredientes la oración: “Ayúdame, Señor, a llevar a cabo este proyecto vital”.

La unidad de vida incorpora el proyecto vital, pero le imprime una lógica diversa. Su preocupación es personal: El Tú divino y libre. El Yo percibe al Tú no sólo como origen y fundamento, sino como su horizonte de plenitud, como su meta última. Esta Patria personal no puede ser conquistada, el hombre ha de recibirla en la fe, con humildad y gratitud. “A todos los que la recibieron (la Palabra) les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre” (Jn 1,12). Dios nos eligió “de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo” (Ef 1,5).

El Tú divino no puede ser imaginado ni proyectado por el yo, su alteridad libre y personal es



insondable. El sujeto debe estar atento para oír el murmullo de la voz interior “Ven al Padre”. De ese Tú, experimentado como plenitud, recibe identidad y misión el Yo. La hora y el camino también le son trazados. El Espíritu viene en su ayuda para fortalecer su libertad, de modo que pueda entregarse a la fuente y meta de la vida. Estamos ante el riesgo de la fe y el coraje de la libertad. La gracia y la libertad dialogan, están en interacción; los padres griegos hablan de sinergia. La libertad se despierta a la docilidad ante la presencia del Espíritu; y el Espíritu se comunica para conducir al hombre a la perfecta libertad. La unidad de vida es don y riesgo en el Espíritu.

“El peligro del alma” está en proyectar e imaginar “su futuro”, en lugar de acogerlo en la humildad y la obediencia. “Ay de los que se esconden de Yahveh para ocultar sus planes, escribe el profeta, y ejecutan sus obras en las tinieblas, y dicen: ‘Quién nos ve, quién nos conoce?’ ¡Qué error el vuestro! ¿Es el alfarero como la arcilla, para que diga la obra a su hacedor: ‘No me has hecho’, y la vasija al alfarero: ‘No entiende el oficio?’” (Is 29,15-16). El Apóstol evocando este texto, comenta: “¡Oh hombre! Pero ¿quién eres tú para pedir cuentas a Dios? ¿Acaso la pieza de barro dirá a quien la modeló: ¿Por qué me hiciste así? O ¿es qué el alfarero no es dueño de hacer de una misma masa vasijas de usos nobles y otros para usos despreciables?” (Rom 9,20-21). La unidad de vida de la fe es un aprendizaje constante de la persona, para recibirse como hechura de Dios y para vivir, en el Espíritu de la comunión apostólica, la misión a la que es convocada en diálogo Filial con el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Comprendida así la unidad de vida es siempre un desafío para el discípulo y el apóstol. Las condiciones sociales y eclesiales pueden ser más o menos favorables, pero la dificultad radical permanece.

Veamos ahora los caminos seguidos por Pablo para cultivar y desarrollar la unidad de vida; caminos que estamos llamados a actualizar de acuerdo con nuestra razón de ser: El anuncio de Jesucristo a los pobres.

## 2.1 EL CAMINO DE LA ORACIÓN

En Pablo, la oración era una verdadera actividad, un combate misionero a favor de sus comunidades. En ella, el Señor recreaba la acción y la unidad vital del apóstol. Conviene que abordemos nuestra calidad de oración a la luz de la experiencia paulina, de la que señalo estos puntos significativos.

La oración avivaba en él la conciencia de haber sido considerado digno de confianza, al ser llamado al ministerio. Tenía conciencia de ser hechura de la gracia. Su vida se desarrollará en la acción de gracias y en un trabajo incansable, para hacer partícipes a todos los hombres de este Evangelio de la gracia (1Tim 1,12-17; 1 Cor 15,9-10). Los trabajos y sufrimientos apostólicos eran fuente de unidad y de alegría, pues le hacían entrar en comunión con su centro vital, Jesucristo.

En la plegaria incesante, aprendía el Apóstol a caminar en el amor y en la sabiduría y fuerza de la cruz. Jesucristo crucificado era su orgullo y anuncio a griegos y judíos. En El muere y vive, en El actúa y predica el Evangelio de la vida, de la libertad. Su vida y su predicación están unidas en ese Tú que es más profundo que su propio yo. “En efecto. Yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios; con Cristo estoy crucificado y, vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí” (Gal 2,19-20). Y a los corintios escribe: “No quise saber entre vosotros sino a Jesucristo y éste crucificado” (1Cor 2, 2). El hombre, el discípulo y el testigo encuentran su unidad de vida y de acción en la experiencia del Crucificado, no en una doctrina.

Pablo desarrolla su consagración existencial en la oración; y también su misión entre los gentiles. Toma conciencia, día y noche, de que ha sido puesto aparte para el Evangelio. Nada le importa, sino llegar con los más posibles a la meta común: “Y conocerle a El, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a El en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos” (Flp 3,10-11). La elección y la misión no hacen más que uno en su conciencia.

Este camino de lucha no le asustaba al apóstol, pues recibía fuerza y poder en la oración. Sabe que puede gloriarse en sus debilidades, puesto que Dios quería mostrar su poder a través de ellas. Las armas para el combate, las recibía como un don. Había sido agraciado con las arras del Espíritu. He aquí unas palabras significativas de la carta a los Efesios en torno a este combate espiritual: “Fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos de las armas de Dios para resistir las asechanzas del Diablo” (Ef 6, 10). La Palabra y el Espíritu son las armas que Dios le daba para llevar los pueblos a la obediencia de la fe. De ellas vivía y con ellas luchaba. Por eso permanecía en oración y súplica.

En el silencio, aprendía a descentrarse de sí mismo para tener los ojos fijos en la obra que Dios hacía en la comunidades. La preocupación por las comunidades era su ofrenda agradable. Estaba crucificado con Cristo a favor de su Cuerpo. Su unidad de vida era comunión con la Cabeza, con el Esposo que se entregaba incesantemente para presentarse una Esposa sin mancha ni arruga.

“Y aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria: la preocupación por todas las Iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze?” (2 Cor 11,28-29). El hombre más centrado es el más descentrado. He ahí el gran signo para verificar la calidad de nuestra oración de pastores.

A la luz de estas y otras reflexiones, estamos llamados a verificar la calidad de nuestra oración, a interpelarnos fraternamente y a darnos medios aptos para avanzar por este camino de alegría y de plenitud en medio de los retos de nuestro mundo. Sin interioridad no habrá unidad de vida ni acción fecunda.

## 2.2 EL ESTUDIO DE LAS ESCRITURAS

Pablo vive inmerso en las Escrituras. Su experiencia del Resucitado, le llevó a releerlas sin cesar para mejor conocerlo y para mejor descubrir la totalidad del designio de Dios. A los presbíteros de Efeso les dirá: “Os testifico en el día de hoy de que yo estoy libre de la sangre de todos, pues no me acobardé de anunciaros todo el designio de Dios” (Hch 20, 26-27). El Apóstol de los gentiles trabajó sin desmayo para discernir el designio de Dios en la persona de Jesús y darlo a conocer a las gentes. También el estudio de las Escrituras era acción a favor de la Iglesia y del mundo.

El Estudio del Evangelio, como sabemos por experiencia, aúna la vida y acción del ministro del Evangelio. Puesto que hay modos de realizarlo que pueden desviarnos del objetivo, es urgente plantearse cómo avanzar por el camino correcto. Se trata de estudiar a nuestro Señor Jesucristo, cierto, mas como revelación de Dios y de su designio manifestado a lo largo de la historia de la salvación. El pastor ha de dar a conocer la totalidad del plan divino, ha de iluminar la experiencia de las personas, ha de decir una palabra profética en medio de los acontecimientos, ha de promover un diálogo con el mundo de hoy, ha de dar a cada uno la ración de buen pan en el momento oportuno. El estudio de las escrituras es servicio ministerial. ¿Cómo lo estamos viviendo? ¿Qué medio darnos para crecer en él? Si queremos responder adecuadamente a estas cuestiones, necesitamos revisar nuestras prácticas y comprometernos seriamente en la búsqueda. Para que la unidad de vida y de acción nazca en nosotros del conocimiento de Jesucristo, es necesario que nuestra fidelidad a la gracia del Prado sea creativa.

Una Asamblea no puede dar respuesta a estas cuestiones, pero sí puede y debe orientar la búsqueda del Consejo y de los equipos. Es necesario conjugar la fidelidad al P. Chevrier con la creatividad. Él, como catequista de los pobres, no cesó de trabajar para que su vida y su predicación naciesen del conocimiento de Jesucristo. Su vida estuvo consagrada a ser discípulo en y por el ejercicio del ministerio. Quiso ser un verdadero discípulo entre los pobres y con ellos. El conocimiento, tomado en sentido bíblico, unifica la persona y la acción del pastor. Estas cosas las sabemos en teoría, pero hemos de reflexionarlas y buscar medios concretos para que se conviertan en acción.

## 2.3 VIGILANCIA Y DISCERNIMIENTO

La preocupación de las Iglesias no puede quedarse en algo meramente afectivo. Para Pablo supuso atención, vigilancia, discernimiento. Es un combate encarnizado para colaborar correctamente con la acción libre y constante del Espíritu.

Las cartas paulinas no son muy explícitas en este punto, aunque algo pueda intuirse. De cualquier forma lo que cuenta es el hecho. El Apóstol vigila para discernir cómo la fe, el amor y la esperanza crecen entre los suyos; también está atento para ver los peligros que pueden frenarlas. Es su manera de ejercer la dimensión profética de su ministerio. Cierto, el pastor recibe el encargo de conducir al pueblo a las fuentes de la Alianza del Espíritu. Su tarea le exige anunciar la visita favorable de Dios, pero también el denunciar las fuerzas que hacen perecer a las ovejas que le han sido confiadas.

Los caminos para desarrollar esta misión pueden ser variados. El pastor ha de conocer su mundo y los diferentes análisis que de él hacen los hombres, con apertura y sin prejuicios. Pero, partiendo de la realidad experimentada y analizada debe sumergirse más profundo, hasta encontrar los signos de la presencia y de la acción del Espíritu. Es la condición para llegar a ser su colaborador, para poner a las comunidades en estado de misión.

Teniendo esto en cuenta, conviene preguntarse cómo estamos cultivando la dinámica profunda de la Revisión de Vida. Se han hecho sesiones y se han publicado buenos textos. ¿No convendría evaluar los frutos producidos? ¿No estamos ante un camino interesante y necesario para que el ser y el hacer del pastor se vayan unificando? “Para ‘hacer la catequesis’ siendo fieles a la Palabra de Dios y a las enseñanzas de la Iglesia, nuestro corazón y nuestra plegaria tienen que ser como un crisol en el que se encuentren y se iluminen mutuamente, en meditación reposada, el Evangelio y la vida de los hombres” (Cons 45). En la Revisión de Vida, ese crisol ha de ser la comunidad de fe. ¿Realizamos de forma reposada nuestros encuentros? ¿Cómo hacer posible, en un clima de auténtica contemplación, el diálogo de la vida de los hombres con la Palabra de Dios? He aquí unas cuestiones que requieren

decisiones concretas y compromisos vinculantes a nivel personal y de equipo.

#### 2.4 LA VIDA FRATERNA

El seguimiento de Jesús por el camino de los pobres y al servicio de su evangelización, teje nuevos lazos de fraternidad. El Padre, en efecto, al llamarnos a seguir más de cerca a su Hijo en el Espíritu, a fin de ser más eficaces en la misión, nos hace responsables los unos de los otros; y somos corresponsables de hacer fructificar su gracia al servicio de la misión de nuestras Iglesias. La unidad de vida es una cuestión comunitaria. Pablo insiste en cómo somos Uno en Cristo. Jesús decía a sus discípulos. “Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros” (Jn 14, 20).

Nuestros equipos han de ser espacios de libertad y de discernimiento, de apoyo y de interpelación, que nos permitan permanecer en el camino de la misión desde ese centro vital y creativo que es el Espíritu de Jesucristo. Debemos, sin duda alguna, reflexionar sobre cómo los equipos están sosteniendo a los pradosianos en ese proceso permanente de unificar su vida en Cristo y al servicio de los más pobres.

Y puesto que la unidad de vida de un pastor no puede desarrollarse fuera de la misión, un punto particular de la reflexión debería ser el siguiente: ¿Cómo los equipos asumen el hacer ministerial, sacerdotal, de los pradosianos? ¿Cómo ayudan a convertir la misma acción ministerial? ¿Cómo se disciernen caminos nuevos y creativos para llevar la Buena Nueva a los que están al margen de la sociedad y de la Iglesia? ¿Cómo nos ayudamos a establecer y poner en práctica prioridades en nuestro hacer pastoral? Una unidad de vida, que no tuviera una clara incidencia la acción apostólica, no sería tal. “La Asociación de los Sacerdotes del Prado” no tiene un método propio de apostolado, pero sí una orientación apostólica que debe caracterizarnos: evangelizar a los pobres haciéndonos discípulos de Jesucristo y trabajando por llegar a ser parecidos a ellos. Esta es nuestra manera de colaborar en la tarea pastoral de nuestros obispos” (Cons 25)

#### 2.5 UNIDAD DE VIDA Y MINISTERIO

La unidad de vida y la misión son los dos polos de la misma elipsis; están en interacción continua. El hacer apostólico alimenta y condiciona el proceso de aquella. No existe unidad más que en la búsqueda constante de la voluntad de Dios en lo cotidiano, pues el diálogo de la salvación se instaura con hombres situados y a través de los acontecimientos de la historia. Y la misión se quebranta cuando falta aquella unidad a través de la cual actúa el Hijo. Una pastoral, que toma en serio el dinamismo de la Encarnación, reclama del ministro una solidaridad inquebrantable con la experiencia de sus contemporáneos. El sacerdote, además, viene de la cantera del mundo; es un hombre entre los hombres.

Teniendo en cuenta esta dinámica, conviene evocar los retos para el ser y el hacer del presbítero, provenientes de la sociedad y de ciertas tradiciones ministeriales.

El pluralismo cultural incide de manera importante en la persona, pues se ve solicitada por estímulos múltiples y contradictorios. Ya no encuentra en las pautas de conducta de la sociedad equilibrio y armonía. La uniformidad se ha quebrado y ahora debe buscar la unidad en un centro vital personal e intransferible. El pluralismo es un desafío considerable para la estructuración de una personalidad unificada, capaz de conjugar la tolerancia con la firmeza; debe aprender a pensar y actuar por su cuenta, a ejercer responsablemente la libertad.

¿Cómo confesar y ser testigo del Dios verdadero, de Aquel que se ha proclamado como la Verdad? Para llevar adelante el diálogo de la salvación, el ministro del Evangelio está urgido a conjugar la humildad y la mansedumbre con el arrojo del mártir, cosa imposible si su vida y testimonio no brotan del Espíritu, es decir, de ese centro vital que es más íntimo que el propio yo. La unidad de vida exige madurez de fe y una cierta madurez psicológica.

La complejidad de nuestro mundo pone a prueba también la unidad de la persona. Muchos de los estrés del hombre de hoy, se explican a partir de aquí, también ciertas reacciones fundamentalistas. Cuando el sujeto se experimenta incapaz de controlar la situación, la ansiedad o la angustia tienden a apoderarse de él. Ante un futuro, incierto e incontrolable, su armonía queda como arruinada, si le falta un centro vital desde el que avanzar. La unidad de vida no resuelve el problema de la complejidad y del futuro; sí puede y debe dar los recursos necesarios para avanzar con esperanza y confianza. Si no es así, nuestra búsqueda anda errada. ¿Por qué tanto miedo ante el mundo en los hombres de Iglesia? La unidad se ha hecho más desde las funciones o relaciones que desde la fe. La coyuntura cultural desafía nuestra condición de discípulos y testigos del Otro. Es una oportunidad para una fe más viva y personal.

La diversificación y acumulación de tareas. La añoranza de la cristiandad conduce a vivir de espaldas a la realidad de nuestro mundo. Es necesario volver a pensar la misión del ministerio sacerdotal en

una situación de minorías significativas. Es una exigencia de una unidad de vida, que no quiera ser artificial.

El cambio estructural de la familia y de las relaciones humanas plantean cuestiones importantes para la unidad de vida. ¿Cómo encontrar una estructura de personalidad con capacidad para vivir la existencia en continua evolución? El hombre no recibe una identidad social perfectamente delimitada, debe renegociarla en lo concreto de cada día. El cambio estructural, que vive tanto la sociedad como la Iglesia, exige avanzar con una actitud constante de discernimiento.

La mentalidad del fragmento. Muchos hombres y mujeres desconfían que pueda existir una verdad última y definitiva, que se pueda pensar el todo y el futuro del hombre. Prefieren instalarse en el presente, en el fragmento del tiempo. Buscan la felicidad a través de una serie de sensaciones. El buscador de felicidad, que es el hombre, se contenta con pequeños momentos de dicha. La variedad de mensajes y de imágenes contribuye a desarrollar esta mentalidad fragmentaria. Basta con vivir el presente. Ante un mundo carente de unidad y de fe en el futuro, se cae en un escepticismo radical, tan tradicional, por otra parte: “Comamos y bebamos que mañana moriremos”. La unidad de vida se ve como una quimera. Basta con responder al instinto, al “me gusta o no me gusta”. El hombre se convierte en un consumidor. La sociedad está como incapacitada para ofrecer un proyecto vital, Las personas corren el riesgo de vivir a remolque. ¿Cómo dialogar con esta mentalidad y ofrecer caminos de sentido y de plenitud definitiva?

La generosidad de quien pretende tener respuestas y soluciones para todo. Esta tentación es propia de personas religiosas y humanistas. Solicitadas por las necesidades ingentes de la sociedad, se entregan sin discernimiento a lo inmediato y urgente. Viven dispersas, pues pretenden responder a todas las llamadas. Corren el peligro de sentirse satisfechas o frustradas. Estas personas, en el fondo, carecen de un centro vital así como de una conciencia clara de su misión. Avanzan desde el sentimiento y la voluntad. El deseo de ser aceptado puede jugarles una mala pasada. El rol social, interiorizado durante la formación, determina, en ocasiones, su actuación. Funcionan más desde su imagen que desde un centro vital capaz de proyectar sentido y futuro.

La falta de interioridad. Sin un profundo silencio interior, sin una disciplina de la inteligencia y del corazón, la persona no alcanzará la madurez, la unificación de su existencia. La falta de interioridad lleva a vivir anhelando la aceptación del entorno social, esclavo de las modas. Quien no cultiva la interioridad se incapacita para indagar y decidir por sí mismo. La persona que posee un centro vital, afronta la soledad y los fracasos desde un horizonte de esperanza. La persona con interioridad vive la alegría y el duelo con serenidad. Ni la alegría le lleva a un falso entusiasmo; ni el duelo le conduce al abatimiento.

Dios al llamarnos nos regala un nombre y una misión (Lc 1,11-17; 1,31). Como “catequistas de los pobres” hemos recibido la misión de anunciarles a Jesucristo como su esperanza.

## CONCLUSIÓN

El P. Chevrier fue un hombre de su tiempo. Sus preocupaciones no siempre coinciden con las nuestras. La historia evoluciona y, con ella, los retos que debe afrontar el ministro del Evangelio. En sus días la cuestión de la unidad de vida no se planteaba con aristas tan vivas. La cristiandad permanecía fuerte y resistente. El mundo respiraba todavía una cultura religiosa y uniforme. Y, sin embargo, sus intuiciones más hondas pueden ser un buen colofón para nuestras reflexiones.

Cautivado por Jesucristo, lo experimenta como el resorte último que mueve su existencia de discípulo y testigo entre los pobres. “Para nosotros, escribe, nuestra vida es Jesucristo. En un reloj hay un resorte que hace mover todas las ruedas y da la hora. Es Jesucristo quien debe ser, en nosotros, ese resorte invisible, escondido, y hacernos señalar siempre al mismo Jesucristo” (VD. 117).

En Él encuentra también su centro vital y dinámico del que todo arranca y hacia el que todo converge. La fecundidad apostólica se encuentra en la comunión con ese centro, fuente de toda acción misionera. “En una circunferencia hay un centro de donde parten todos los radios y hacia el cual todos los radios se dirigen. Es el centro donde todo se encuentra y de donde todo parte. Jesucristo es también el centro de donde todo se debe reunir y de donde todo debe salir. Para ir al cielo, es necesario pasar por este centro. El pesebre, el calvario, el tabernáculo ¿no son los centros a donde deben ir todos los hombres para recibir la vida, la paz y desde los cuales partir de nuevo para ir a Dios?” (VD. 104). Luego, apoyándose en textos de Pablo, comenta cómo en Jesucristo se encuentra la voluntad del Padre, la misión del evangelizador y la unión fraterna en el Espíritu. La vida y el hacer brotan del mismo centro.

En la medida que está unido a ese centro vital, el pastor, movido por la compasión de Dios, saldrá al

encuentro de los alejados y empobrecidos. “Tomaremos, escribía A. Chevrier, como lema de caridad esta palabra de nuestro Señor: Tomad y comed, considerándonos como un pan espiritual que ha de alimentar a todos por la palabra, el ejemplo y la entrega” (VD. 418).

La credibilidad del testigo del Evangelio reside en que los hombres reconozcan en él al Enviado del Padre. “Todo en nosotros debe esparcir el buen olor de Jesucristo, debe respirar en nuestro exterior esta vida celeste, esta vida divina que debemos tener interiormente. Debemos hacer a Dios el sacrificio de todo nuestro ser y Jesucristo debe surgir en nosotros” (VD. 197). Ante el verdadero discípulo, los hombres podrán decir: “He aquí otro Jesucristo” (VD. 101).

Finalmente, la predicación del evangelizador estará centrada en la Buena Nueva de Aquel que ha venido a instaurar el Reino de Dios. “¿A quién debemos predicar?”, pregunta A. Chevrier, para responder: “A Jesucristo. Haec est vita aeterna ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Jesum Christum. No conozco más que a Jesucristo y Jesucristo crucificado, es el fundamento de todas las cosas. Su divinidad. Este es uno de los puntos principales. Praedica, praedicate Evangelium. Un poco menos de devoción y un poco más de fe en Jesucristo” (VD. 449).

Antonio Bravo